

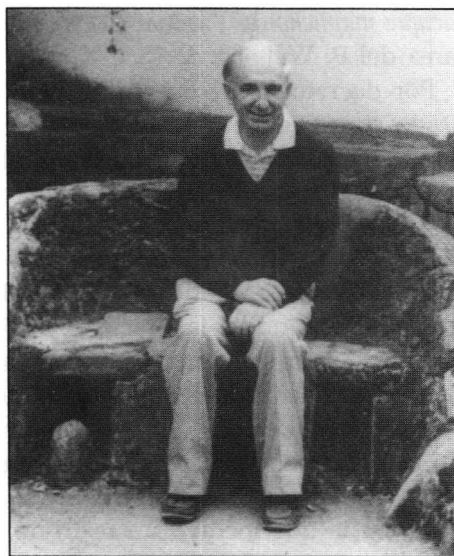


CARLOS RUIZ-TAGLE GANDARILLAS  
(1932-1991)

*Cristián Guerrero Yoacham \**  
Departamento de Ciencias Históricas  
Universidad de Chile

**E**l Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, se ha sentido profundamente conmovido con el fallecimiento del conservador del Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Carlos Ruiz-Tagle Gandarillas, acaecido en Santiago el Domingo 22 de Septiembre de 1991.

Esta unidad académica siempre contó con su desinteresada y generosa ayuda en las tareas de extensión. Muchos profesores, ayudantes y alumnos fueron sus amigos y recibieron de Carlos la ayuda que necesitaban, el estímulo para llevar adelante sus investigaciones, la crítica constructiva a los trabajos que publicaron, las sugerencias de nuevos temas para indagar,



Carlos Ruiz-Tagle Gandarillas  
(1932 - 1991)

*Fotografía captada en 1986 en la Hacienda Santa Rosa de Colmo que perteneció a don Benjamín Vicuña Mackenna.*

\* Miembro de Número, Academia Chilena de la Historia, Instituto de Chile.

en una palabra, continuas muestras de franca y verdadera amistad.

Carlos Ruiz-Tagle, hijo de don Carlos Ruiz-Tagle Vicuña y de doña Elena Gandarillas Salas, nació en Santiago el 12 de Febrero de 1932. Realizó sus estudios en el Colegio Saint George y en la Facultad de Agronomía de la Pontificia Universidad Católica de Chile dónde recibió su título profesional en 1954. En su etapa escolar fue agraciado varias veces con el premio «Al mejor compañero». Durante algunos años administró el fundo La Esmeralda de propiedad de su padre y posteriormente otros predios en Chimbarongo y Teno. Más tarde colaboró en el Proyecto Aerofotogramétrico y luego se desempeñó como Editor de Publicaciones del Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA), desarrollando una amplia labor en lo tocante a creación de bibliotecas rurales (Colina, Curacaví, San Francisco de Mostazal) y entregando - además de las publicaciones técnicas del Instituto - reediciones de antiguos estudios de gran valor para la historia agraria chilena como *Agricultura en Chile* («Ensayo sobre la Agricultura de Chile»), tomado de la *Historia Física y Política de Chile* de Claudio Gay (Edición facsimilar, 2 tomos, prólogo de Sergio Villalobos) que alcanzó dos ediciones y *Chile: su tierra y su gente* de Jorge M. Mc Bride, en traducción de Guillermo Labarca H. y prólogo de Carlos Dávila. A su empeño se deben las reediciones de *La Propiedad Austral (Historia de la Constitución de la Propiedad Austral)* de Ricardo Donoso y Fanor Velasco Velásquez y *Memorias de un cacique mapuche* de Pascual Coña, edición bilingüe, producto de la acusiosa tarea del P. Wilhelm de Moesbach.

Por decreto N° 81 del 9 de Enero de 1979, Carlos Ruiz-Tagle fue nombrado conservador del Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, cargo que desempeñó hasta su muerte. En los doce años de su administración, el Museo fue centro de una vasta labor cultural que dejó importante frutos.

Carlos Ruiz-Tagle inició su carrera literaria cuando aún estaba en el colegio. A los 14 años de edad, en 1946, escribió algunos poemas acrósticos, entre ellos «Recordando Mi Primera Ilusión» y «Fuiste La Primera» (el primero corresponde a las iniciales de R.M.P.I. y el segundo a F.L.P.) que recibieron, según confiesa el autor en su trabajo *¿Quién soy?* (pp. 16-17), una fuerte reprimenda del Profesor Roque Esteban Scarpa quien le ordenó «no debes volver a escribir un poema en tu vida». El mismo año 1946 redactó su primera novela, *Por favor no la lea* y en 1953 el mismo Profesor Scarpa publicó una antología de trabajos de sus ex-alumnos bajo el título de *El joven laurel* en la que incluyó un texto de Carlos Ruiz Tagle, el que mereció un elogioso y consagratorio comentario de Alone publicado en *El Mercurio* de Santiago. En 1954 aparecieron sus *Memorias de pantalón corto*, volumen de cuentos que publicó la Editorial Universitaria, al que siguió *Dicen que dicen* (Editorial del Pacífico, 1959). Estas dos últimas obras fueron calificadas por Raúl Silva Castro como «intencionados relatos... que, a la hora de su publicación, permitieron aplaudir la insigne precocidad de su autor».

En 1962, Carlos Ruiz Tagle y Guillermo Blanco entregaron a través de la Editorial del Pacífico una de las novelas humorísticas más notables que se han publicado en el país: *Revolución en Chile*. Ambos autores hacen la «traducción» de *All about Chile* de Sillie Utternut (nombre que podría significar algo así como extremadamente tonta), autora de varios libros, periodista colaboradora de diarios y revistas británicas y norteamericanas y «consultora de la UNLIO, organización dependiente de las Naciones Unidas». Hasta 1973, *Revolución en Chile* había alcanzado 21 ediciones con 110.000 copias. La crítica especializada ponderó este trabajo como algo excepcional. *Después de la campana*, novela irónica y triste con recuerdos de infancia, fue editada por Zig-Zag en 1967 y a ella le siguió *Primera instancia* (Santiago, Zig-Zag, 1969), que fue agraciada con el Premio Anual de la Academia Chilena de la Lengua en atención al uso y riqueza del lenguaje y la calidad del estilo literario. En 1973 Carlos Ruiz-Tagle publicó su novela corta *La luna para el que la trabaja* (Santiago, Editorial Pineda) y al año siguiente entregó *Cortometrajes* (Editorial Gabriela Mistral), simpática colección de 31 cuentos costumbristas, salpicados de fino humor. En 1978 dio a luz los *Cuentos de Santiago* (Editorial Nascimento), obra integrada por 22 relatos que recibió el Premio Municipal de Literatura. En *El jardín de Gonzalo* (Santiago, Editorial Aconcagua, 1982), aparecen 33 «estampas» como las llamó Ignacio Valente en crítica publicada en *El Mercurio*, quien señala que son «piezas ágilmente narrativas, de anécdota sabrosa y diálogo vivo... El «jardín» del niño es más bien su mundo, el paraíso perdido de la infancia, y cada episodio es una rápida perspectiva de ese universo, dónde se entrelazan lo maravilloso y lo costumbrista». El mismo crítico agrega: «Carlos Ruiz-Tagle ha hecho un hermoso libro. En su humor de relatos anteriores hemos advertido a veces ciertos rasgos de brocha gorda, excesivos; en estas páginas no: la gracia es fina, delicada, sutil. Y su talento específico para la miniatura se ha engrandecido al construir, con unidades pequeñas, pero bien trabadas, una casi novela de dimensiones más vastas que la suma de sus parte, una totalidad armónica».

Retomando el inagotable tema de su infancia y juventud, en 1984 Carlos Ruiz-Tagle publicó sus *Memorias de pantalón largo* (Santiago, Editorial Universitaria), conjunto de 42 relatos autobiográficos centrados en torno a su colegio, su familia, sus amigos y las miles de aventuras que la correspondió protagonizar. El libro fue reeditado en 1985. *El lloradero* (Santiago, Editorial Aconcagua, 1986), fue la obra posterior y ha sido definida como una antología disimulada, integrada por dos relatos largos, materiales escritos en 1985 y 1986 y otros inéditos. Al año siguiente, Carlos Ruiz-Tagle publicó una novela corta bajo el título de *El cementerio de Lonco* (Santiago, I. Municipalidad de Viña del Mar - Editorial Andrés Bello, 1987), en la que vuelve a la temática de la vida rural, incluyendo, como es su estilo, la impronta del humor y las situaciones insólitas. Este trabajo fue agraciado con el Premio María Luisa Bombal 1987 otorgado por la Municipalidad de Viña del Mar.

Tres años más tarde, volvió al género autobiográfico con su libro *La edad del pavo* (Santiago, Editorial Universitaria, 1990) que obtuvo el segundo premio en el Concurso de Literatura Juvenil Marcela Paz.

Carlos Ruiz-Tagle fue siempre un lector incansable y no cabe duda alguna que leyó una apreciable cantidad de obras históricas, abarcando desde las grandes síntesis, las monografías especializadas, interpretaciones sobre diversos procesos, biografías, ensayos, etc. Conoció en plenitud los trabajos de Vicuña Mackenna, «mi santo patrono» como acostumbraba a llamarlo y le preocupaba mucho el juicio que los historiadores tenían sobre «el monstruo de la naturaleza» como lo calificó Rubén Darío. Le preocupaba la historia local, la historia de las ciudades, en especial aquellos procesos que de una u otra forma habían dado identidad y fisonomía propia a distintas zonas de Chile, particularmente aquellas en que había vivido o trabajado. De allí que en forma incansable buscara materiales que le informaran sobre estos temas y con los cuales, después de una seria y rigurosa selección, pudo componer 11 antologías, con las que ha hecho un excelente aporte al conocimiento y divulgación de la historia regional y a la enseñanza en las asignaturas humanistas. Estas antologías son las siguientes:

- 1.- *Santiago: Nueva Antología*. Santiago, I. Municipalidad de Santiago - Fundación Andes - Editorial Mar del Sur - Root Impresores, 1981, 229 pp. (Colaboración de Victoria Roepke).
- 2.- *Antología de Rancagua*. Santiago, I. Municipalidad de Rancagua - Root Impresores, 1982, 151 pp.
- 3.- *Antología de Melipilla*. Santiago, I. Municipalidad de Melipilla - Root Impresores, 1982, 209 pp.
- 4.- *Antología de Pirque*. Santiago I. Municipalidad de Pirque - Root Impresores, 1982, 192 pp.
- 5.- *Antología de Casablanca*. Santiago, I. Municipalidad de Casablanca - Editorial Antártica, 1982, 144 pp.
- 6.- *Antología de Mostazal (SIC)*. Santiago, I. Municipalidad de San Francisco de Mostazal - Root Impresores, 1983, 187 pp.
- 7.- *Antología de Viña del Mar*. Santiago, I. Municipalidad de Viña del Mar - Editorial Antártica, 1983, 219 pp. Segunda edición 1987.
- 8.- *Antología de Ovalle*. Santiago, Ediciones I. Municipalidad de Ovalle, 1986, 277 pp.
- 9.- *Antología de Colina, 1896 - 1986*. Santiago, I. Municipalidad de Colina - Editorial Universitaria, 1986, 175 pp.
- 10.- *Antología de Talagante*. Santiago, I. Municipalidad de Talagante - Editorial Antártica, 1987, 158 pp. Esta antología tiene un complemento notable en el libro de Carlos Ruiz-Tagle, *Talagante Entre Visto. Ladislao Barros Ovalle* (Santiago, I. Municipalidad de Talagante - Editorial Antártica, 1989, 111 pp.), compuesto en 9 capítulos basados en entrevistas al pro-

minente y destacado vecino de la comuna, actor y testigo del desarrollo que ha alcanzado la ciudad de las brujas y de los monitos de greda. En definitiva este volumen es un verdadero documento histórico de gran valor que cubre los últimos 50 años.

- 11.- *Antología de Graneros*. Santiago, I. Municipalidad de Graneros - Editorial Universitaria, 1988, 170 pp.

A estos trabajos habría que agregar la *Antología del Trabajo* (referente a América Latina) que Carlos Ruiz-Tagle compiló con Pedro Pablo Zegers y que fue editada en Santiago por la Organización Internacional del Trabajo en 1988, con prólogo de Víctor E. Torkman. Los textos seleccionados por los compiladores pertenecen a destacados escritores del continente, Ricardo Guirales, Alcides Argüedas, Jorge Amado, Gabriel García Márquez, Baldomiro Lillo y Francisco Coloane, Fernando Chávez, Miguel Angel Asturias, Víctor Cáceres Lara, Juan Rulfo y Mariano Azuela, Ciro Alegría y Rosa Arciniegas, Juan Bosch y Rómulo Gallegos, entre otros.

Otra obra importante de Ruiz-Tagle y Zegers fue la preparación del texto, la confección de notas y de apuntes biográficos complementarios de las *Memorias (1911-1934)* de don Eduardo Frei Montalva, a las que se agregó la correspondencia intercambiada entre el ex Presidente con Gabriela Mistral y Jacques Maritain. La obra fue publicada en Santiago en 1989 por Editorial Planeta Chilena.

Paralelamente a esta amplia labor literaria que demuestra que Carlos Ruiz-Tagle fue un escritor y editor incansable, una parte fundamental de su quehacer está reflejada en sus frecuentes y abundantes colaboraciones a diarios y revistas, con artículos de crítica literaria, entrevistas, semblanzas de personalidades, notas sobre temas diversos, comentarios, etc. insertos en el *El Mercurio*, *La Tercera de la Hora*, *La Segunda*, *En Viaje*, *Rumbos*. *Qué Pasa* (donde por largo tiempo publicó sus «Perfiles Humanos»), *Atenea* y otras. Con el apoyo de la I. Municipalidad de Santiago y del Museo Vicuña Mackenna, Carlos Ruiz-Tagle fundó en 1981 la *Revista de Santiago*, de la cual sólo pudieron publicarse 2 números (Nº 1, 1981, 86 pp.; Nº 2, 1982, 100 pp.). La revista tuvo un Comité Editorial integrado por Mario Góngora, Armando Roa, José Garrido, Hernán Godoy, Gonzalo Izquierdo y María Eugenia Góngora. La Secretaría de Redacción fue desempeñada por Mariana Echeñique y la dirección por su fundador. Toda esta labor literaria fue la base que tuvo la I. Municipalidad de Rancagua para conceder a Carlos Ruiz-Tagle el Premio Oscar Castro en 1990.

Sin ser especialista en materias históricas pero sí un crítico destacado y un apasionado por el trabajo de los historiadores, Carlos Ruiz-Tagle incursionó en la redacción de artículos en que analizó muy a su manera y desde un punto de vista particular la personalidad y las publicaciones de estos intelectuales. Entre estos ensayos hemos elegido tres que nos parecen de im-

portancia y que se refieren a don Mario Góngora del Campo, don Jaime Eyzaguirre Gutiérrez y don Ricardo Donoso Novoa.

Carlos Ruiz-Tagle fue alumno de don Mario Góngora en el Colegio Saint George y en su libro *Memorias de pantalón largo* (p. 107) ha dejado esta semblanza: «Góngora era un excelente profesor de Historia. Tenía una cara especial, inconfundible: mágica y sobrenatural en su forma de expresión. Ojos oscuros, cejas de enredadera. Sus clases resultaban intrincadas, iba anotando fecha y nombre de batallas en la pizarra y su letra no la entendía nadie. Nos impresionaba mucho cuando leía en otros idiomas, traduciendo al español con una facilidad asombrosa. Se podría definir como un antifrívolo. Detestaba la Historia Universal de César Cantú, y le parecía mejor profundizar las historias particulares. Nunca ponía muy buenas notas y se poseionaba del papel de los héroes de su relato, en especial de Napoleón. Era el sabio del colegio y nos hacía vivir la Historia.»

En otro texto sobre el mismo historiador que tituló «Góngora, el antifrívolo», publicado en *Atenea* (Nº 425, Concepción 1985, pp. 201-204), Ruiz-Tagle insiste en los mismos aspectos y agrega: «Tus ojos tenían... una lucecita. Tú nos enseñaste que el hombre valía por lo que sabía, no por lo que tenía... y que lo único importante que podíamos darle a nuestros hijos era la educación.» Relata en seguida, que después que egresó del colegio, durante algún tiempo no volvió a juntarse con don Mario «y entonces descubrí tus libros. Eran modelo de lo que se llama 'seriedad', que es conjunto de calidades. Leí, por ejemplo, *El Estado en el Derecho Indiano*. Algo así tan sólido como el Libro de los Libros. Y después ese maravilloso *puzzle* que armaste pedacito a pedacito, con Borde, en el valle del Puangue. El minifundio estudiado palmo a palmo, la propiedad mirada al microscopio. Te preocupaste del inquilino y del vagabundo. Te metiste dentro del cerco del inquilino y de la bolsa, de la linguera del vagabundo... y de pronto, entre tanto libro analítico, científico, surgió *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Por arte superior habías llegado a una síntesis... Un libro que se prestó a una polémica de la cual, Mario Góngora, saliste extraordinariamente bien parado.»

Carlos Ruiz-Tagle sostiene que uno de los aspectos más positivos de la obra de don Mario Góngora y que tuvo mayores repercusiones, fue la docencia, no sólo por la inmensa sabiduría del maestro, sino por su ejemplo, su rectitud, sus ideas propias, su innata bondad y su ejemplo de católico definido. Por ello dice: «Ahí estaban tus alumnos enriquecidos con la riqueza de veras. Los que criaste en un pizarrón, con letra chiquitita, donde anotabas acontecimientos, fechas, nombres de reyes y emperadores. Hacías flechas, borrabas de repente, surgía una cruz, alguien había muerto. Estos signos salían de tu cabeza que no había seguido una línea de pensamiento durante toda la vida, lo que podría preocuparle a los dogmáticos. Como si no tuvieras derecho a pensar según tus cánones, a ser *gongorista* declarado y

confeso. Pensabas que sin Dios no se podía vivir, y te desaparecías por las tardes rumbo a alguna iglesia donde los curas no fueran demasiado lateros.»

Fue mucho lo que Carlos Ruiz-Tagle sufrió con la prematura muerte de su profesor y amigo, de lo cual el autor de esta líneas puede dar testimonio, y por ello termina el artículo diciendo que en las ceremonias fúnebres realizadas en el Campus Oriente de la Universidad Católica, «tu ataúd se veía pequeñito... tu ataúd flotaba entre las flores. El era la flor central y por los lados florecían en sabiduría tus alumnos de Historia. Y había uno que no sabía nada de Historia y que estaba allí inventando una oración, porque para eso era bueno, para inventar oraciones. Y para decirlas por dentro. Una oración para Mario Góngora.»

Respecto de don Jaime Eyzaguirre, en sus *Memorias de pantalón largo*, pp. 153-155, Carlos Ruiz-Tagle estampó los siguientes párrafos: «Desde el punto de vista intelectual católico, la mejor librería santiaguina era El Arbol, de Jaime Eyzaguirre... figura fundamental de la arremetida católica... El historiador simbolizaba lo que podría llamarse el catolicismo total. Vivía perfectamente ceñido a esta «religión tan incómoda» como la había definido Mauriac. Era una interesante mezcla de vasco con judío alemán: más bien alto, de pelada lustrosa, de perfil rabínico. Tenía un tic en el cogote: parecía estar peleando siempre con el cuello de la camisa. Algunas aristas suyas eran muy duras y parecía poseerlo un pesimismo especial. A menudo comparaba lo que el país era con lo que había sido. De esta forma siempre salíamos perdiendo. Más que simpático era ingenioso y quería muy de veras a la gente. Había pasado de la genealogía a la historia, creía muy poco en los apellidos. Le oí decir que siempre que iba a España tomaba una empleada Eyzaguirre, porque eran las más limpias... -Ser aristócrata chileno, a nivel mundial, es como pertenecer a la aristocracia de Pitrufquén... Eyzaguirre dirigía una revista de apariencia insignificante y de macizo contenido. Su nombre era *Estudios* y en ella escribían Mario Góngora, Guillermo Blanco, Roq e Esteban Scarpa, Hugo Montes, Armando Roa y Jaime Martínez Williams, para nombrar algunos. Uribe me dijo que las clases universitarias de Eyzaguirre eran muy entretenidas, especialmente cuando pelaba. Y pelaba ba tante. Se empecinaba en reirse de Francisco Bilbao y de José Victorino Lastarria. Se burlaba también de sí mismo, de su nariz y de su lustrosa pelada... Hallábase emparentado con mi mamá y ella aseguraba que a los ocho años, que a los nueve años, Jaime jugaba a decir misa en la mesa del comedor. Pero pasaron los años y solía pelear bastante con el clero. Refiriéndose a éste decía que si bien la Gracia le parecía esencial, no así las cañerías por la cual era preciso recibirla. Cierta vez que los jesuitas le pidieron responder una encuesta sobre por qué no había más vocaciones sacerdotales, replicó: - Porque los curas se dedican a las encuestas. Según él, lo único que valía la pena darle a los hijos, era educación. Todo lo demás, propiedades, dinero, autos, podían perderlo. La educación se conservaba para siempre,

nadie podía quitársela. A menudo decía que la salvación vendría por los judíos y se pasaba la mano por su nariz aguileña. Despreciaba lo norteamericano y simpatizaba con el franquismo. Pudo haber sido embajador en España, pero no le interesaban los honores ni el poder ni la política. Era muy amigo de los benedictinos, y yo empecé a ir al convento los domingos sólo para encontrarme con él. Después de la misa tomaba desayuno, oportunidad en que nosotros, los seguidores, aprovechábamos su compañía. Lo curioso es que él no tenía conciencia de tanto joven que lo estimaba su maestro. Solía decir: - No dejaré nada, no dejaré a nadie que piense como yo. Fue un excelente historiador, pero mal profeta.»

No cabe duda que una de las figuras más polémicas y controvertidas de la historiografía chilena ha sido Ricardo Donoso Novoa, célebre por su carácter fuerte y apasionado (sus peleas con don Guillermo Feliú Cruz y con don Jaime Eyzaguirre hicieron historia), su docencia universitaria en el Instituto Pedagógico, su gestión en el Archivo Nacional, sus investigaciones sobre las ideas políticas en Chile, la sátira política, sus eruditas biografías de Vicuña Mackenna, Barros Arana y sobre todo por sus trabajos sobre don Arturo Alessandri Palma, José Perfecto Salas y Francisco Antonio Encina, a quienes atacó con vehemencia.

Carlos Ruiz-Tagle admiraba la valentía y la audacia de don Ricardo, sus innegables condiciones de investigador y veía en él, a pesar de su pasión, un hombre bueno y generoso. Sus impresiones las dejó estampadas en un ensayo que tituló «Ricardo Donoso, el desconsagrador» (*Anales del Instituto de Chile 1988*. Santiago, 1988, pp. 41-47).

Afirma Ruiz-Tagle que el señor Donoso fue «un obcecado desconsagrador de figuras en bronce. O sea de aquellas bajo cuyos altos pedestales nos sentimos hormigas, residuos, escorias, nos sentimos en una palabra, nada». Prosigue luego refiriéndose a la obra que escribió sobre Francisco Antonio Encina: «Encina ¿qué? ¿Cuál va a ser la única palabra que lo caracterice? Encina, simulador. Y no un tomo, dos tomos a doble columna. Por una columna se lee lo que escribió Encina, por la otra lo que dijo antes que él, Barros Arana. Vale decir, se trataría de una acusación de plagio fundamentada.»

Luego Ruiz-Tagle se refiere a otro desconsagrado por el señor Donoso: «A mi antepasado, don José Perfecto Salas, no le queda nada de Perfecto bajo la óptica de don Ricardo. ¡Robó tanto en combinación con el Virrey del Perú! Robó tanto que su hijo, don Manuel de Salas, para devolver en parte a la sociedad lo malhabido por su padre, construyó asilos y otras instituciones de beneficencia. Así nació el filántropo. Si no fuera por él no tendríamos ni la Biblioteca Nacional. Recuerdo que cuando fui a devolverle el libro sobre don José Perfecto a don Ricardo, le hice notar mi desagrado. Mi madre era descendiente directa de don José Perfecto, y ella también había leído la obra.- Su madre debe haber disfrutado - me dijo don Ricardo - Es interesante la vida



de don José Perfecto, hombre de muchas luces, ¿no encuentra usted, Carlos? Y don Manuel de Salas, tan beato en su vida familiar trayendo libros prohibidos: Voltaire, los Enciclopedistas, y los internó a la mala, es cosa sabida. - ¿Cómo que a la mala, don Ricardo? - Cuando ya los iba a embarcar por Cádiz, lo detuvieron. Eran muchos cajones. - ¿Y que hizo don Manuel de Salas? - Fue donde el Obispo de Cádiz y consiguió un permiso...»

El tercer desconsagrado fue don Arturo Alessandri Palma, y Carlos Ruiz-Tagle relata que el "libro *Alessandri, agitador y demoleador*, apareció en 1952", agregando que «Don Ricardo afirmaba que tanto el León como los cachorros, debieran hallarse agradecidos por esa publicación en dos tomos. - Qué otros historiador - decía - ha trabajado tanto en busca de documentos irrefutables? Nadie me ha podido desmentir nada, absolutamente nada.» Más adelante, Ruiz-Tagle señala que esta obra de Donoso es la más comentada y emite un juicio: «Es excesivo», agregando que no se explica la inquina del historiador contra el dos veces Presidente de la República. Afirma también que «la cantidad de documentos, hace de esos dos tomos un documento farragoso, frente a lo que prácticamente pasa a segundo término la personalidad de Alessandri.»

Respecto de la biografía de Vicuña Mackenna, «don Ricardo me contó que fue un trabajo lento y que muchos datos se los dio la viuda, doña Victoria Subercaseaux. El iba a verla por las tardes y anotaba, anotaba, gozaba anotando y reconstruyendo el personaje llamado Benjamín. Así nos dejó a todos sus lectores un libro espléndido. La vida del gran Intendente que sólo descansó a la hora de la muerte, a los 54 años... Su biografía de Vicuña Mackenna ha pasado los 60, más bien los 63 años de prueba desde que se publicó en 1925. Y está fresca y resplandeciente, como una señal de gratitud.»

Carlos Ruiz-Tagle considera que las biografías redactadas por don Ricardo Donoso tienen calidad - a pesar que le critica que en los títulos siempre agrega algo que está demás - los mismo que sus otras obras: *Las ideas políticas en Chile*, *Breve historia de Chile*, *La sátira política en Chile* y sostiene que «su obra imperecedera se aleja de los tomos escritos en contra de alguien» y no duda de calificarlo como autor «versátil y prolífico», destacando que como «investigador era formidable. Pero sus estilo solía resentirse de alguna aridez.»

La semblanza que Ruiz-Tagle hace del señor Donoso, es muy vívida. Dice de él: «El desconsagrado tenía modales suaves, caballerosos y unos ojos celestes que reflejaban el alma de un abuelito bueno. Había, a no dudarlo, un abismo entre el polémico y corajudo autor de *Encina, simulador* y este padre de familia suave y simpatiquísimo... Yo no pensaba igual que él en el aspecto religioso. Pero eso no era obstáculo para ser amigos. Tampoco lo era que yo demostrase mi admiración por Jaime Eyzaguirre. A este, don Ricardo le propinó todo un volumen llamado *Omisiones, errores y tergiversaciones de un*

*libro de historia.* Se trata de un libro que Eyzaguirre dedicó al gobierno de Federico Errázuriz Echaurren. Don Ricardo era casado con la señora Teresa Bindis. Un matrimonio armonioso y quitado de bulla, un matrimonio como de provincia trasplantado a la calle Lastarria. Por la tarde el historiador era muy visitado, e invitaba con whisky del mejor a sus amigos... La generosidad intelectual de don Ricardo, resultaba fuera de serie... La Sala Medina no era igual con o sin ese profesor de puro que recibía todo tipo de consultas. Tenía una alegría innata y contagiosa. Se veía bien con ese suntuoso decorado, el sombrero puesto en la mesa y un alto de libros por consultar... Tuvo alumnos aventajados como Néstor Meza y Mario Góngora, a quienes recordaba con cariño. Pudo haber sido un político de centro - izquierda, de alguno de los Partidos Radicales. Pero entonces no tendríamos sus valiosos libros, su ejemplo de sobriedad, sus gravitación en el medio intelectual. En su obra la Iglesia presenta un papel claramente reaccionario. Y como le interesaban los jesuitas, les dedicaba atención. Sin embargo, varias veces encontré sacerdotes en su casa, en especial al párroco de la Veracruz, iglesia que se hallaba cerca.»

Para Carlos Ruiz-Tagle, don Ricardo Donoso fue un genuino exponente de «toda una generación que hizo de la historia una ciencia que se preocupaba mucho por ir a las fuentes, poco al estilo literario...»

Como puede apreciarse, el análisis que hace de los tres historiadores es convincente y objetivo y capta la esencia del pensamiento de cada uno de ellos. Sin duda un mérito más de este escritor que no fue un especialista en historia.

En el ejercicio de su cargo de Director del Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Carlos Ruiz-Tagle desarrolló una amplia labor de extensión cultural. En los años que duró su administración fueron frecuentes las presentaciones de libros, foros sobre distintos temas, recitales poéticos, veladas literarias, homenajes a determinadas personalidades, exposiciones pictóricas especialmente de artista jóvenes o poco conocidos en los círculos especializados y de modelismo naval y multitud de ciclos de conferencia. Se recuerda con frecuencia, entre otros, el homenaje tributado a don Mario Góngora poco después de su muerte, los actos en que hizo entrega de las Medallas de Honor Benjamín Vicuña Mackenna a escritores e historiadores entre quienes figuran Ricardo Donoso, Orestes Plath, Enrique Campos Menéndez, Ricardo Krebs Wilckens, Osvaldo Silva Galdames, Rolando Mellafe Rojas, Cristián Guerrero Yoacham y muchos funcionarios del Museo que colaboraban con ahínco en los trabajos que dirigía con sabiduría y prudencia. Sin embargo, debe destacarse un hecho que fue gravitante. Carlos Ruiz-Tagle, con enorme generosidad y sin medir sacrificios, ayudó como nadie a las tareas de extensión del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile y entre 1981 y 1990 se realizaron en el Museo 12 ciclos de conferencias dictados por los profesores del Departamento y profesores invitados que tuvieron un éxito notable. Estos ciclos fueron los siguientes:

- 1.- «Perspectiva histórica de Vicuña Mackenna» (26 de Agosto - 10 de Septiembre de 1981.) Profesores: R. Mellafe, R. Hernández, S. Pinto, L. M. Méndez, A. M. Wegman y C. Guerrero.
- 2.- «Los imperialismo en la Historia» (19 de Noviembre - 22 de Diciembre de 1981.) Profesores: J. Moreno, J. Kakarieka, H. Herrera, O. Silva, N. Meza, R. Krebs, C. Gazmuri, J. Fermandois y C. Guerrero.
- 3.- «Culturas prehispánicas de Chile» (27 de Mayo - 22 de Junio de 1982.) Profesores: M. Rivera, V. Castro, G. Ampuero, F. Falabella, C. Aldunate, A. Medina, O. Silva, H. Niemayer.
- 4.- «Esclavitud y servidumbre en la Historia» (14 de Septiembre - 19 de Octubre de 1982.) Profesores: J. Moreno, J. Kakarieka, R. Buono-Core, H. Herrera, O. Silva, R. Mellafe, R. Krebs, A. Barría y C. Guerrero.
- 5.- «Religión y sociedad en la Historia de Occidente» (17 de Julio - 14 de Agosto de 1984.) Profesores: J. Kakarieka, H. Herrera, Z. Martinic, G. Izquierdo, O. Silva, R. Mellafe, G. Bravo, S. Vergara y C. Guerrero.
- 6.- «Historiadores e historiografía chilena contemporánea» (11 de Junio - 11 de Julio de 1985.) Profesores: O. Silva, S. Vergara, J. A. de Ramón, C. Guerrero, R. Krebs, R. Mellafe, L. Lira, G. Izquierdo, J. M. Barros.
- 7.- «Presencia histórica de Chile» (31 de Octubre - 5 de Diciembre de 1985.) Profesores: S. Pinto, G. Bravo, L. M. Méndez, E. Ramírez S., G. Izquierdo, R. Mellafe, E. Cavieres, S. Vergara, R. Krebs, O. Silva y F. Ramírez M.
- 8.- «Reinterpretación de Vicuña Mackenna» (4 al 27 de Junio de 1986.) Profesores: R. Hernández, R. Mellafe, S. Pinto, L.M. Méndez, R. Claro, H. Rodríguez y C. Guerrero.
- 9.- «Evolución histórica de Chile» (19 de Mayo - 16 de Julio de 1987.) Profesores: J. Retamal A., O. Silva, S. Pinto, G. Bravo, L. M. Méndez, E. Ramírez S., G. Izquierdo, R. Mellafe, S. Vergara, C. Andrade, S. Gómez, F. Ramírez M.
- 10.- «Presencia de la historia nacional en los mensaje de S.S. Juan Pablo II en Chile» (4 al 30 de Agosto de 1988. Profesores: Z. Martinic, E. Cavieres, R. Israel, S. Vergara, M.C. Osorio, L. Viveros, O. Silva, E. Medina, R. Claro, S. Pinto, G. Bravo, M. Dannemann, R. Feres, J. G. Prado, R. Buono-Core, R. Krebs, G. Izquierdo, T. Opazo, J. L. Galindo y G. Godoy.
- 11.- «Chile en víspera de la conquista hispana» (26 de Junio al 19 de Julio de 1990.) Profesores: O. Silva, E. Téllez, M. Massone, R. Jaramillo y J.L. Martínez.
- 12.- «Sociedad, economía y administración en América y Chile Colonial» (13 de Noviembre al 6 de Diciembre de 1990.) Profesores: Z. Martinic, R. Claro, S. Pinto, R. Mellafe, O. Silva, S. Gómez, E. Cavieres y G. Bravo.

Resulta asombroso comprobar hoy día la enorme aceptación que tuvieron estos ciclos. La matrícula total registrada ascendió a 2.188 alumnos; sólo en contadas ocasiones fue necesario cobrar una modesta cuota para poder sol-

ventar los gastos de propaganda y confección de certificados. Carlos Ruiz-Tagle, Julius Kakarieka y Osvaldo Silva (Directores del Departamento en el período) y los decanos Joaquín Barceló, Fernando Valenzuela, Fernando Durán y Rolando Mellafe lograron el milagro del financiamiento. Los profesores no recibieron honorarios. Paralelo a ello Carlos Ruiz-Tagle colaboró con mucho entusiasmo en la realización del Primer Encuentro de Ethnohistoriadores que se desarrolló en el Museo Mackenna en 1987 y que dio origen al Tomo I de la *Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos* que edita el departamento de Ciencias Históricas. Carlos Ruiz-Tagle siempre atribuyó al éxito de estas actividades a los profesores del Departamento. Nunca ponderó lo mucho que él hizo y a tal extremo llegó su humildad que el 1° de Abril de 1986 realizó en el Museo un acto académico de agradecimiento a los profesores que habían dictado las conferencias.

Hay muchos otros hechos de la vida de Carlos Ruiz-Tagle que podríamos destacar, pero sólo mencionaremos algunos para no cansar al benevolente lector. Carlos Ruiz-Tagle fue elegido miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua en 1974. Su discurso de incorporación, «La obra de Luis Oyarzún», impreso en el *Boletín* de la Corporación (Cuadernos 64, Santiago 1974, pp. 31 - 35) es un brillante análisis del pensamiento del destacado humanista que le precedió; durante algún tiempo ocupó el cargo de Secretario de la Academia. Igualmente fue Miembro Correspondiente de la Real Academia Española y prestó su concurso a diferentes organismo culturales, organizando ciclos de extensión entre los que sobresalieron los realizados en el Universidad de Santiago («Cronistas de Chile» y «El carácter santiaguino»), en la Corporación Cultural Orquesta Sinfónica de Viña del Mar, la Corporación Cultural dependiente de la I. Municipalidad de Talagante y otros. Importante fue su participación en el Comité de Literatura del Instituto Chileno Norteamericano de Cultura, en la Agrupación de Amigos del Libro, en la Editorial del Pacífico, en la dirección de talleres literarios en la Universidad Católica, Universidad de Santiago, Colegio Tabancura y The Newland School; integró muchos jurados para dirimir premios en certámenes literarios y, en fin, trabajó tanto que en él se cumplió lo que había afirmado de su santo patrono Vicuña Mackenna: «sólo descansó a la hora de la muerte».

Para el autor de estas líneas ha sido un trabajo difícil y arduo poder redactarlas. Fui amigo personal de Carlos, su confidente en muchas ocasiones. Conocí muy de cerca su personalidad, su buen juicio, su carácter alegre y festivo, su poderosa imaginación, su profunda convicción cristiana, su amor sin límites por su esposa, Magdalena Vial Urrejola, sus hijos y sus nietos. Le ví varias veces enormemente preocupado por el bienestar espiritual y material de la gente que trabaja con él, de sus amigos, con quienes fue generoso hasta la saciedad. Innumeradas veces lo encontré en la Parroquia de la Asunción (cercana al Museo) donde fortificaba su alma y se reanimaba para se-

guir bregando, confiando siempre en la bondad de Dios. Gozé con su humor, tanto el que dejó estampado en sus escritos como el que me expresaba de buenas a primera en las llamadas telefónicas o las entretenidas conversaciones vespertinas en su oficina. Nunca se enojó cuando yo le hacía notar sus distracciones, olvidos, confusiones, que si las relato podría escribir muchas páginas. El lector puede corroborar todo esto y conocer mucho más si lee sus obras autobiográficas, su *¿Quién soy?* (Santiago, Agrupación de Amigos del Libro - Colección *¿Quién es quién en las letras chilenas?*, 1978, 29 pp.) y algunos de los homenajes que con plena justicia se le han tributado (por ejemplo: Jaime Quezada, «Carlos Ruiz-Tagle: Entrevista Póstuma», *Artes y Letras, El Mercurio*, Santiago, 29 de Septiembre de 1991, p. E 19; María Elena Aguirre, «Carlos Ruiz-Tagle. Irónico, tierno y antisolemne», *Revistas de Libros*. N° 26. *El Mercurio*, Santiago, 29 de Septiembre de 1991, pp. 1, 4 y 6; Ignacio Valente, «El humor singular de Carlos Ruiz-Tagle», en *Ibid*, p. 5; Beatriz Berger y María Teresa Cárdenas, «En torno a la Academia Literaria del Saint George», en *Ibid*, p. 6; Roque Esteban Scarpa, «Tenía una enorme capacidad de ser libre», en *Ibid*, y Pedro Pablo Zegers, «Mi encuentro con Carlos Ruiz-Tagle G.», en *Museos*. N° 11. Santiago, Coordinación Nacional de Museos, 1991, p. 17). Nicanor Parra, amigo de Carlos y Premio Nacional de Literatura, escribió en *El Mercurio* del 29 de Septiembre de 1991 (*Artes y Letras*, p. 5) «... Carlos Ruiz-Tagle (1931-) todos estamos en deuda contigo. Yo + que nadie», palabras que dicen muchísimo y que a mi me interpretan totalmente. Pero, estoy seguro que Carlos habría dicho lo contrario y por ello no resisto la tentación de transcribir un párrafo de una carta manuscrita en 2 hojas de cuaderno escolar que me envió a fines de 1987: «Querido Cristián: Me dió rabia haberte mandado una tarjeta de Pascua, dos o tres palabritas cuando tengo tanto que decirte. Deseo agradecerte la manera cómo has evitado que caiga en los caminos de la perdición. Se me pierde todo. Es que soy hijo de un señor que se iba con el gancho de la ropa puesto al trabajo. Y mientras alguna persona bondadosa no le dijera: - Don Carlos: el gancho. El no se daba cuenta de nada. Nos hemos ido siendo amigos y ha sido una buena amistad... Esta carta nocturna es para darte a ti y a la Victoria un gran abrazo y agradecer.»

Así era de bueno y humilde este notable escritor y hombre de letras cuya muerte ha significado para mí la pérdida de un amigo verdadero y para el Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile la desaparición de un colaborador generoso y desinteresado que mucho nos ayudó.